

NOTAS

Gabriela Mistral

(1889 - 1957)

LA desaparición de la escritora Gabriela Mistral, acaecida el 10 de enero del presente año de 1957, enluta las letras hispanoamericanas. Radio y prensa, desde Nueva York, habían hecho prever el desenlace del doloroso padecimiento que zortó la existencia de la poetisa. Las informaciones permitieron seguir después la trayectoria de sus restos, hasta el lugar donde descansan, en la misma tierra en que vino al mundo.

Lucila Godoy Alcayaga —éste era su nombre— había nacido el 7 de abril de 1889, en la población de Vicuña, situada en el valle de Elqui, próxima a La Serena, en la región norte de la República de Chile. Tuvo por abuela en línea paterna a una dama de singulares dotes y talla dominadora, que sólo rompía su silencio para leer el futuro en las estrellas: Isabel Villanueva.

El padre de Lucila, Gerónimo Godoy Villanueva, educador espontáneo, improvisaba fácilmente en verso, como los llaneros y payadores. Después de estudiar, según la costumbre de entonces, en el Seminario de La Serena, de donde salió convertido en excelente latinista, casó con la delicada y bondadosa Petronila Alcayaga. Uno y otra no alcanzaron a ver la plenitud de sus hijas Emelina y Lucila.

La primera fue quien formó a la segunda, que pasó infancia y adolescencia en el campo y que, sin haber estudiado para maestra, siguió el ejemplo de su padre y se dedicó a la enseñanza. Maestra rural desde que tenía quince años, en 1905 trabajaba como ayudante en la escuela de La Compañía, cercana a la población donde había nacido, antes de ir, con el mismo carácter, a La Cantera, en 1907.

Después de enseñar en el propio terruño, en Vicuña, hasta que le impidió proseguir su labor docente el hecho de carecer del título de maestra, fue admitida como tal, en el Liceo de La Serena, y pretendió inscribirse, sin lograrlo, en la Escuela Normal, porque su independencia de criterio alarmó a quienes dirigían esa Escuela.

Más que por sus palabras, Lucila Godoy, frecuentemente silenciosa, fue conocida desde 1908 por los ensayos que publicaba en el diario *La Voz de Elqui*. Un año después, el suicidio de Romelio Ureta —empleado del ferrocarril, que había sido su novio en La Cantera y que dispuso de fondos ajenos, para ayudar a un amigo— le produjo el primer dolor que ella recordaría en sus versos, más tarde.

Gracias al apoyo de Pedro Aguirre Cerda, profesor que llegaría posteriormente a la Presidencia de la República, Lucila terminó los cursos especiales requeridos, y en 1910 la nombraron maestra rural en Santiago de Matadero. De allí pasó a Traiguén al año siguiente, para ser designada Inspectora general y maestra de historia en el Liceo de Antofagasta. Por último, en 1912, como inspectora y maestra de castellano, fue a trabajar en el Liceo de Los Andes.

La oscura maestra de la cordillera andina participó a fines de 1914 en un certamen poético de Santiago de Chile, con sus "Sonetos de la Muerte", inspirados en el amor y la tragedia que había vivido. El premio ganado en ese concurso reveló a América el seudónimo de la nueva poetisa: *Gabriela Mistral*, formado con el nombre de un poeta y el apellido de otro —el del *felibre* provenzal—, elegidos entre aquellos escritores que admiraba.

Casi al mismo tiempo que la poetisa, se reveló la autora de prosas didácticas, en los libros de texto publicados por el pro-

fesor Manuel Guzmán Maturana, entre 1916 y 1918. En los años siguientes se abrieron para ella, a la vez, las puertas de las revistas literarias y de algunas instituciones docentes. Empezó a colaborar en el órgano del grupo *Los Diez* y en otras publicaciones. Entre 1918 y 1920 dirigió el Liceo de Punta Arenas, del cual pasó a los de Temuco y Santiago de Chile.

En 1922, cuando ya la habían consagrado como escritora los juicios de poetas y prosistas del continente, el gobierno de la República Mexicana, por conducto del Secretario de Educación Pública, licenciado José Vasconcelos, invitó a la maestra a que se trasladara al país donde se iniciaba un importante esfuerzo educativo. Desde mediados de ese año hasta el de 1924, Gabriela Mistral colaboró activamente con las maestras rurales mexicanas; escribió en la revista *El Maestro* y preparó el libro antológico *Lecturas para mujeres*.

Mientras, los profesores que la admiraban desde los Estados Unidos de Norteamérica, lograron que el Instituto de las Españas publicara el primer libro de versos de Gabriela Mistral: *Desolación*, reimpreso en Chile en 1923, con prólogo de Pedro Prado. En 1924, cuando los niños de México repetían de memoria los poemas infantiles que había escrito para ellos, la poetisa fue a los Estados Unidos y a Europa. En Madrid apareció su segundo libro de poemas: *Ternura*.

De nuevo en América en 1925, Gabriela Mistral fue recibida triunfalmente en su patria, y en seguida visitó las repúblicas de Brasil, Uruguay y Argentina, en las cuales también le rindieron homenajes. Nombrada en 1926 secretaria de una de las secciones de América en la Liga de las Naciones, la Asociación de Profesores chilenos la designó para que la representara, en 1927, en el Congreso de maestros que se reunió en Locarno. Al año siguiente, el Consejo de la Sociedad de las Naciones le dio un nombramiento para integrar el Consejo Administrativo del Instituto Cinematográfico Educativo, en Roma.

En el año de 1930 volvió a los Estados Unidos, y estuvo en Puerto Rico, las Antillas y varias de las repúblicas centro-americanas. De las proposiciones que le hicieron desde su pa-

tria, sólo aceptó aquella que le permitiría representarla sucesivamente en los consulados del Gobierno de Chile, en Nápoles, Madrid y Lisboa. Con ese cargo pudo entre 1932 y 1937, residir en Europa y visitar los países escandinavos.

De retorno en la América del Sur en 1938, tras una breve estancia en Chile, fue a Buenos Aires, donde la editora de la revista *Sur* publicó el tercer libro de versos: *Tala*, generosamente dedicado —como el producto de la venta del mismo— “a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo”.

Encargada del Consulado de Chile en Niza, Gabriela Mistral vivió algún tiempo en Francia, según lo recuerda el doctor Andrés Iduarte —que en su juventud fue amigo y huésped de la poetisa—, en el *Diario de Bédarrides*. Desde 1940 Iberoamérica lanzó y sostuvo la candidatura de la poetisa para que obtuviera el Premio Nobel, que le fue otorgado en 1945, al concederse por primera vez dicho premio a una figura literaria de la América de habla española.

El año precedente había sufrido una nueva amargura: la trágica muerte de un joven sobrino suyo de cuya formación ella quiso encargarse. A pesar de este sufrimiento que volvió a abrir viejas heridas, no interrumpió sus labores: entre 1923 y 1945 aparecieron en las revistas donde colaboraba, sus *Recados*, que no se han reunido aún en un tomo.

La década final de su existencia transcurrió, en el desempeño de su cargo; en parte en los Estados Unidos —donde residió, de preferencia, en California— y en parte en México —en una población veracruzana, donde su fatigado corazón tuvo el reposo que los médicos recomendaron—, desde 1950, antes de tornar al vecino país del Norte. En él la encontró la muerte, poco tiempo después de haberse publicado su último libro de poemas: *Lagar*, en Chile, que le otorgó el Premio Nacional de Literatura en 1954.

Al presentir el final, dispuso que sus bienes pasaran a quien merece el legado —sus manuscritos originales pertenecen a Chile— y trazó las postreras líneas. Uno de sus últimos artículos apareció el mismo año en la revista *Cuadernos*, impresa en Francia.

Varios países se honraron, al honrarla en vida, con distinciones justas. Entre ellos, la República Mexicana ha dado su nombre a escuelas y bibliotecas, y en su capital una estatua perpetúa el recuerdo de la maestra y escritora admirable en cuyas páginas persiste el espíritu de José Martí, que tanto influyó en ella, por su visión continental y el libre vuelo de su prosa.

FRANCISCO MONTERDE
Universidad de México.

